

LOS CRISTALES DEL BARBERO o las apariencias engañan

HOY que parece hay un marcadísimo interés en hacer ver a la opinión pública quién fué el promotor de la guerra que aniquila la humanidad, me parece oportuno dar a la publicidad un ejemplo de indiscutible veracidad.

Hay en mi barrio un barbero que, como la mayoría de ellos, pretende justificar una vez más, aquello de que la barbería es un centro enciclopédico por excelencia.



Hace pocos días, mientras me servía, me discutía con más calor que con conocimiento de causa, lo referente al culpable de esta horrenda lucha.

Yo seguía su oratoria balbuceando de vez en cuando una frase, para romper aquella incoherente peroración.

Llegamos al fin de su trabajo y entonces, dirigiéndome a mi interlocutor, me expresé en esta forma:

—Hasta aquí usted ha estado procurando hacerme ver, según su opinión, que Alemania desató esta terrible guerra.

Ahora me toca a mí, pero antes he de rogarle, no me interrumpa, según hice yo con usted.



Usted es un industrial, que no se mete con nadie, y que se desvive para lograr que su clientela quede absolutamente satisfecha de su trabajo, y para ello, no repara en sacrificios; pues hasta tiene como un alto orgullo el procurar que sus dependientes sean, al igual que usted, chicos de esmerada cultura y buena y sana manera de trabajar.

Ello ha contribuido a que no sólo su clientela sea adicta, sino que vaya engrosando de una manera satisfactoria para usted.

En cambio en la próxima manzana, hay otro industrial, colega suyo, que es completamente el polo opuesto.

Siempre procura con sus maneras molestar, no solamente a sus clientes, que él considera obligados a su establecimiento, sino que su trabajo deja tanto que desear, que, al fin va observando que poco a poco, aquellos clientes van desapareciendo.

En su desesperación, al ver que sus intereses comerciales sufren una baja horrorosa, no sabe ver que



sólo es debido a su carácter la pérdida de su clientela, y puesto al acecho, descubre que aquellos de quienes él vivía, han venido a engrosar la clientela de usted, ya de sí numerosa y adicta.

Sin reparar en las consecuencias y ofuscado por su falsa preponderancia, no se le ocurre otra cosa, que vengarse de usted en vez de procurar modificar su carácter, base de su ruina, y para ello, escoge la hora más favorable para obrar.

Una noche usted queda sorprendido al ver hecho añicos uno de los cristales de su tienda, y al salir a la calle, no vé a nadie que le infunda sospechas